

**Esteban Echeverría**



**Elvira o la  
Novia del Plata**

**textos.info**  
biblioteca digital abierta

---

# **Elvira o la Novia del Plata**

Esteban Echeverría

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 8754**

---

**Título:** Elvira o la Novia del Plata

**Autor:** Esteban Echeverría

**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 21 de febrero de 2026

**Fecha de modificación:** 21 de febrero de 2026

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# I

Belleza celestial y encantadora;  
inefable deidad, que el mundo adora,  
que dominas el Orbe, y das consuelo,  
inspirando con pecho generoso  
el sentimiento tierno y delicioso,  
que os prodigara el Cielo,

a vos invoco: favorable inspira  
el canto melancólico a mi Lira  
de amor y de ternura,  
y un nuevo lauro a mi triunfal corona  
la Beldad ciña Numen de Helicon  
de mirto y rosa pura.

Alza gozoso, vos, casto Himeneo,  
y halagüeño el semblante, que ya veo  
a tus humeantes aras  
con rubor acercarse tierna y bella  
a consagrarte tímida doncella  
de amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones  
en tu altar sacrosanto nunca dones  
más puros ofrecieron,  
para volver a tu deidad propicia,  
y del tálamo dulce la delicia  
gozar que pretendieron.

## II

La aureola celestial de virgen pura,  
el juvenil frescor y la hermosura  
los encantos de Elvira realzaban,  
dando a su amable rostro un poderío,  
que encadenaba luego el albedrío  
de cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,  
y de su pecho solo se exhalaban  
inocentes suspiros,  
hijos del puro y celestial contento,  
que de las dulces ansias vive exento  
del amor y sus tiros.

Mas vio a Lisardo, y palpité su pecho  
de extraña agitación, y satisfecho  
se gozó enardecido,  
cuando de amor arder la viva llama,  
que con dulce deleite nos inflama,  
sintió, no apercebido.

Como la planta que al Favonio aspira,  
que en torno de ella regalado gira,  
nueva existencia siente;  
así Lisardo al ver de su querida  
el amante cariño, nueva vida  
sintió en su pecho ardiente:

el noble orgullo se amparó de su alma,  
del que adornado de triunfante palma  
se avanza entre despojos,  
y un mundo de risueñas ilusiones,  
de esperanzas felices y ambiciones,  
se reveló a sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,  
y fácilmente con amor cautiva  
la beldad inocente,  
cual céfiro apacible con su arrullo  
halagando a la rosa en su capullo  
meliflua y dulcemente;

así el amor el sentimiento inspira,  
y así Lisardo el corazón de Elvira  
poseyó satisfecho:  
amáronse, y creciendo su ternura  
apuraron delicias de ventura  
con inocente pecho:

así pasaron en amantes juegos  
largo tiempo felices, y sus fuegos  
y su pasión crecieron;  
uno era su sentir, y cual hermanas,  
con inefable hechizo, soberanas  
sus dos almas se unieron.



Tu serás mía,  
tierno decía  
Lisardo a Elvira;  
aunque el destino  
cierre el camino  
de mi ventura,  
la pura llama  
que al Sol inflama  
antes, Elvira,  
que mi ternura  
se extinguirá.  
Serás mi esposa,  
y el Himeneo  
nuestro deseo  
satisfará;  
que aunque el destino  
cierre el camino  
de mi ventura,  
la llama pura  
de mi ternura  
no extinguirá.

## IV

Así Lisardo de su dulce amiga  
la esperanza halagüeña alimentaba,  
y con ardua fatiga  
el campo de las ciencias exploraba,  
para volver a el hado más benigno,  
y arrancando un favor a la fortuna,  
que contraria le fue desde la cuna,  
de su mano y amor hacerse digno.  
en tanto una mirada de sus ojos,  
de su boca risueña un dulce beso,  
hurtado a la inocencia entre sonrojos,  
aligeraban de su afán el peso,  
y llenaban su ardiente fantasía  
con la imagen feliz y encantadora  
del venturoso día,  
en que triunfando su pasión constante  
del ingrato destino,  
apurase en el tálamo divino  
las caricias y halagos de su amante.

## V

Era de primavera un bello día,  
cuando el Sol en la esfera  
más rutilante y majestuoso impera;  
cuando el campo se viste de verdura,  
y risueña y brillante la natura  
ostentando su fuerza y lozanía,  
nos convida al placer y la alegría.  
En el jardín ameno,  
que vio nacer sus plácidos amores,  
respirando el aroma de las flores,  
y a la sombra sentada  
de una fresca enramada,  
Elvira recorría en su memoria  
la deliciosa historia  
de sus amores, y la vez primera,  
día también de riente Primavera,  
en que a Lisardo vio, y estremecida  
se sintió palpitante  
su corazón amante;  
y en tan dulces recuerdos embebida,  
de gozo suspiraba,  
y su angélico rostro se animaba,  
mostrándose más bello  
con el fugaz destello  
del júbilo que en su alma rebosaba;  
mas vagó de repente  
en su risueña mente  
como triste y fatal presentimiento;  
oscureció el pesar su alegre frente,  
y así cantó con melodioso acento



## VI

Creció acaso arbusto tierno  
a orillas de un manso río,  
y su ramaje sombrío  
muy ufano se extendió;  
mas en el sañudo invierno  
subió el río cual torrente,  
y en su tímida corriente  
el tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana  
nació garrida y pomposa  
en el desierto una rosa,  
gala del prado y amor;  
mas lanzó con furia insana  
su soplo inflamado el viento,  
y se llevo en un momento  
su vana pompa y frescor.

Así dura todo bien;  
así los dulces amores  
como las lozanas flores  
se marchitan en su albor;  
y en el incierto vaivén  
de la fortuna inconstante  
nace y muere en un instante  
la esperanza y el amor.

## VII

Cuando el triste infortunio nos amaga,  
su imagen melancólica divaga,  
cual sombrío fantasma ante los ojos,  
y como si temiera sus enojos,  
a su pesar el corazón empieza  
a presentir el mal en la tristeza.  
Así pensó Lisardo, que escuchaba  
con asombro y encanto  
de Elvira el triste canto;  
y acongojado, y con inciertos pagos  
a consolar su pena se acercaba;  
mas violo Elvira, y se arrojó en sus brazos,  
hechizadas sus bocas se encontraron,  
de júbilo sus pechos palpitaron,  
y en deliquios de amor, dulces abrazos,  
mundo, pesar, temor, todo olvidaron.  
¿Quién a mi Lira, o a mis versos diera  
la fragancia amorosa y hechicera,  
que en la mansión de amor se respiraba,  
o a mi marchito corazón el fuego,  
que en días más felices lo animaba...?  
Más angélica nunca y rozagante,  
más amable, más tierna, más hermosa,  
más llena de atractivo y amorosa  
se mostró Elvira a su feliz amante.  
Ángel, astro benigno, o clara estrella  
nunca resplandeció más pura y bella  
a los ojos del triste caminante.  
El jazmín albo y la purpúrea rosa  
con su matiz brillante

disputaban el premio a los sonrojos  
de realzar sus cándidas mejillas  
y languidez amable de sus ojos  
el fuego moderaba,  
y su dulce atractivo relevaba;  
mientras que de su sien por las orillas  
en madejas ondeantes  
sus cabellos airosos se extendían,  
y cual oro entre perlas relucían.  
Un fuego devorante  
corría de Lisardo entre las venas  
al apurar de Elvira las caricias,  
y nadando en delicias  
palpitar se sentían sus dos pechos.  
Sus ardientes suspiros se mezclaban,  
y sus trémulos labios se abrasaban  
en mutuo fuego... ¡Celestial deleite,  
éxtasis del amor, dulces primicias  
de la ternura fiel y encantadora,  
cuan gratos sois al corazón que adora!  
Lisardo rebosando  
de júbilo y ternura  
le dijo: «Amiga, compasivo el cielo  
al fin colma mis votos y mi anhelo;  
la fortuna enemiga, que en su infancia  
con envidia miró nuestros amores,  
ha cedido por fin a mi constancia,  
Aunque con mano avara, sus favores,  
y tu feliz amante  
a par su mano en holocausto digno  
puede ofrecerte un corazón constante.  
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mío  
que al amor yo consagro, pues benigno  
su activo fuego al corazón dio brío.  
Él me inflamó: su abrasadora llama,  
cuando miré tu perfección divina,  
y consagré a su culto mi albedrío,

a mi existencia dio una nueva vida,  
y me inspiró, a la par del sentimiento  
el tierno y generoso pensamiento  
de idolatrarte esposa,  
de ser feliz, y hacerte venturosa.  
Unida a tu existencia está la mía  
Por siempre, Elvira, desde aqueste día,  
este anillo nupcial ligue propicio  
con lazo indisoluble nuestros seres,  
hasta el día feliz en que Himeneo  
ante el ara sagrada  
consagre nuestra unión entre placeres,  
corra el tiempo veloz anonadando  
cuanto encuentre en su rápida carrera;  
yo nada temo su terrible mando,  
pues cuanto adoro, y cuanto amé poseo.  
Prodigue la fortuna sus favores  
al que anhela riquezas, o victorias,  
que Lisardo feliz ya nada espera  
de su vaivén, ni ambiciono más glorias  
que ser querido, idolatrar a Elvira,  
consagrarle su vida y sus amores.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
a los transportes del amor supremos;  
huya de tu halagüeña fantasía  
la imagen del pesar; su saña impía  
ya no puede alcanzarnos, pues que unidas  
nuestras dos almas vivirán por siempre.  
Durará nuestro amor; ya la esperanza  
nos sonrío halagüeña,  
y la senda florida nos enseña,  
por do a su fin declinen nuestras vidas  
en calma siempre y próspera bonanza.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
a los transportes del amor supremos,  
al júbilo, al placer y a la alegría,  
tuyo por siempre soy, y tú eres mía.

Mas ¿qué pesar recóndito y tirano  
acibara tu gozo, Elvira mía?  
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos,  
esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves  
a otra parte su encanto soberano,  
y no segundas los transportes míos?»  
«Mi corazón, mi vida, mi albedrío,  
toda yo tuya soy, Lisardo amado;  
y aunque el destino airado  
separe acá en la tierra nuestra suerte,  
anonadando nuestra gloria impío,  
tuya seré, triunfando de la muerte.  
Mas no sé qué fatal presentimiento  
acibara hoy mi dicha y mi contento,  
y en secreto me dice: «Tus amores  
finarán pronto, Elvira, y tu ventura;  
del tálamo halagüeño  
el éxtasis de amor y de ternura  
no gozarás en brazos de tu dueño;  
porque el amor y la esperanza es sueño,  
y cual la flor del campo solo dura».  
Yo no sé qué fantasma nos rodea  
de infortunio y pesar, y nuestras glorias  
amaga devorar en un momento.  
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro  
ante el ara de Dios, y el simulacro,  
va a unirme a ti con título de esposa,  
y vacila mi planta temerosa,  
cuando anhelante el corazón desea.  
Impresa aún en mi mente veo y siento  
la imagen de fantasma tenebrosa,  
que anoche vino a mi tranquilo lecho  
a conturbar y acongojar mi pecho.

## VIII

«Yo vi en mi sueño  
dos corazones  
de amor ufanos  
y juventud,  
que se buscaban  
como atraídos  
por un hechizo  
de gran virtud.

El Himeneo  
iba a enlazarlos  
con el anillo  
del puro amor,  
y ellos ardientes  
se encaminaban  
a la ara augusta  
del sacro Dios.

Mas de repente  
el negro brazo  
de un esqueleto  
que apareció,  
su mano en medio  
de los dos pechos  
puso, y con furia  
los separó.

A unirse ansiosos  
buscaban ellos,  
ardiendo en fuego,  
del puro amor;  
pero la mano  
los separaba,  
interrumpiendo

su dulce unión.

Tocolos luego  
los corazones  
se marchitaron  
como la flor,  
y en el semblante  
del negro Espectro  
turbia sonrisa  
fugaz vagó».

«Esas tristes imágenes olvida,  
Visiones de la mente en desvarío;  
huya de tu halagüeña fantasía  
la sombra del pesar, Elvira mía,  
pues tu destino al mío,  
colmando nuestros votos y deseo,  
va a unir por siempre plácido Himeneo  
nuestras almas Elvira abandonemos  
al júbilo, al placer y a la alegría,  
a los transportes del amor supremos  
tuyo por siempre soy, y tú eres mía».

## IX

Lisardo solo en su campestre albergue  
los pasos melancólico contaba  
del tiempo, siempre lentos  
para el que halaga la esperanza vana.  
La noche era sombría, triste el cielo,  
y cubierto de nubes, anunciaba  
la tempestad, y solo por momentos  
la luna melancólica asomaba,  
como fúnebre antorcha sobre el mundo  
su amortiguada faz, mientras profundo  
el eco de los vientos resonaba,  
penetrando con lúgubre silbido  
de Lisardo en la estancia, que transido  
de congoja y terror te estremecía.  
Mil imágenes tristes revolvía  
En su agitada mente,  
y en vez de rostro afable  
de la esperanza riente  
que otro tiempo en silencio lo halagaba,  
atónito y confuso solo vía  
el de fantasma tétrica y sombría,  
que su pecho constante  
del de su Elvira amante  
con furor separaba,  
y con ojos de envidia devoraba  
su gloria, sus amores y ventura.  
Vagando por los aires mustiamente  
parecía que oía  
acento funeral que repetía:  
«Como la flor del campo tierna y pura

así el amor y la esperanza dura» .  
Y el eco de los vientos resonando,  
penetraba con fúnebre armonía  
en su tranquila estancia, y poseído  
Lisardo de terror se estremecía.  
El fatídico bronce sonó la hora  
fatal de los espíritus malignos:  
Lisardo a su balcón salió impelido  
al parecer por astros no benignos,  
a contemplar la tempestad sonora,  
y buscar de sus ansias el olvido;  
cuando visión nocturna de repente  
hirió sus ojos, y absorbió su mente.

# X

Del espeso bosque y prado,  
de la tierra, el aire, el cielo,  
al fulgor de fatuas lumbres  
con gran murmullo salieron  
sierpes, grifos y demonios  
partos del hórrido averno,  
vampiros, gnomos y larvas,  
tragos, lívidos espectros,  
ánimas en pena errantes,  
vanas sombras y esqueletos,  
que en la tenebrosa noche  
dejan sus sepulcros yertos,  
hadas, brujas, nigromantes  
cabalgando en chivos negros,  
hienas, sanguales y lamias,  
que se alimentan de muertos,  
aves nocturnas y monstruos,  
del profundo turbios sueños,  
precita raza que forma  
de Lucifer el cortejo:  
todos, todos blasfemando  
con gran tumulto salieron,  
de infernales alaridos  
llenando el espacio inmenso.  
Y el eco de los vientos penetraba,  
resonando con hórrida armonía,  
de Lisardo en la estancia, que miraba  
como pasmado la visión sombría.  
Lucifer con cetro y tiara  
descollaba en medio de ellos,

y los demonios cantaban  
salmos al rey del averno,  
mientras fantasmas y monstruos,  
formando un círculo inmenso,  
para el sabático baile  
se preparaban contentos  
la orgía fatal comenzaba...  
Mas de repente se vieron  
centelleando en las tinieblas  
como serpientes de fuego,  
que por el aire trazaban  
este emblema del infierno  
«El amor y la esperanza  
no son sino un vano sueño».  
Un espectro entre sus manos  
dos corazones sangrientos  
oprimía, palpitantes,  
llenos de amoroso fuego,  
y con diabólica risa,  
deleitándose en poseerlos,  
los unía y separaba  
su amor burlando y anhelo.  
Y el eco de los vientos penetraba,  
resonando con hórrida armonía,  
de Lisardo en la estancia, que miraba  
como pasmado la visión sombría.  
Entre la turba infernal  
reinó el silencio un momento...  
cuando de lumbres cercados  
dos fantasmas parecieron,  
una virgen bella y joven  
sobre sus hombros trayendo  
con las galas adornada  
del venturoso Himeneo:  
la aparición repentina  
todos miraron atentos,  
mientras los turbios fantasmas

con huesosos largos dedos  
la doncella despojaron  
de sus nupciales arreos,  
y con la negra mortaja  
del sepulcro la vistieron:  
luego entre la turba inmensa  
todos tres se confundieron,  
continuaron los aullidos,  
y los infernales juegos...  
Cantó el gallo en la alquería,  
y con murmullo tremendo  
la turba inferna de sombras  
se perdió cual humo al viento.  
Y el eco de los vientos aplacado  
penetraba con fúnebre armonía  
de Lisardo en la estancia, que pasmado  
vio disiparse la visión sombría.

## XI

En su trono de fuego el mediodía  
reinaba rutilante y majestuoso,  
y Lisardo infeliz desde la aurora  
sumergido yacía  
en letargo profundo y silencioso.  
despertó al fin; la fiebre consumía  
su desolado pecho, y el delirio,  
monstruo infernal que la razón devora,  
de espantosas imágenes llenaba  
su ardiente fantasía -Ya la noche  
se encaminaba en su enlutado coche  
por el opaco empíreo, y anunciaba  
encapotado el cielo  
a la tierra infeliz nuevas escenas  
de tempestad y duelo;  
cuando molesto y grave  
bajó el sopor a adormecer sus penas.  
Pero a atormentarlo entonces  
vino la turba de engendros,  
y tenebrosas visiones  
que aborta en la noche el sueño.  
Contemplaba ora pasmado  
bajo del nocturno velo  
la precita muchedumbre,  
a la orgía inferna acudiendo  
ora por el aire vago  
como serpientes de fuego,  
trazando emblemas fatales  
de desolación y duelo;  
ora entre sus secas manos

un descarnado esqueleto  
oprimiendo palpitantes  
dos corazones sangrientos;  
ora dos negros fantasmas  
sobre sus hombros trayendo  
engalanado y vestido  
de una doncella el espectro  
«Elvira, Elvira» Lisardo  
agitándose en su lecho  
exclamó entonces, y «Elvira»  
repitió lánguido un eco.  
«Dadme a mi esposa y mi vida,  
horrorosos esqueletos,  
dadme a mi Elvira» y, «Elvira»  
por los aires repitieron.  
Calló Lisardo: una antorcha  
brilló con fulgor incierto  
en la puerta de su estancia,  
y vio al pálido reflejo  
¡oh terror! ¡oh encanto! a Elvira  
acercarse a pasos lentos,  
de alba túnica vestida,  
suelto el dorado cabello.  
«Elvira, Elvira, mi esposa»,  
exclamó entonces de nuevo  
transportado de alegría,  
«¿cómo es que a esta hora te veo?  
ven a mis brazos, querida  
ven a mi amoroso seno,  
y disipa las angustias,  
que por ti sufre mi pecho.  
¿Por qué tan lánguida te hallas,  
hermosa flor del desierto?  
¿Es que el rigor has sufrido  
de algún inflamado viento?  
¿Por qué tus ojos se fijan  
sobre mí mustios y yertos,

del dulce encanto desnudos,  
y del amoroso fuego  
que hechizaba mis sentidos  
y mis potencias a un tiempo?  
Algún pesar inhumano,  
algún cuidado secreto,  
envidioso de tu dicha  
roe tu inocente pecho,  
mi Elvira, y sobre tu rostro  
vierte su infausto veneno.  
Ven a olvidar tus congojas,  
ven a mi amoroso seno,  
ven, idolatrada amiga,  
que ya plácido Himeneo  
ante el ara sacrosanta  
consagró nuestros afectos.  
Pero ¡oh placer, oh delicia!  
Elvira mía, aún te veo  
con las galas adornada  
del venturoso Himeneo,  
deja esas joyas preciosas,  
deja ese rubor secreto  
que la inocencia te inspira;  
ven a mi amoroso seno,  
ven, Elvira, y venturosos  
a los transportes supremos  
del tierno amor nuestras almas  
sin temor abandonemos».  
De Lisardo a los transportes  
cual si fuera mármol yerto  
yacía Elvira, guardando  
mudo y tétrico silencio.  
«Muerta al placer es tu Elvira,  
Lisardo, que el mismo fuego  
que corría en sus entrañas,  
ha devorado su pecho.  
Una ley fatal temprano

ha congelado en mi cuerpo  
la sangre que por ti ardía,  
pero no ha helado mi afecto;  
y esta misma ley me obliga  
a sofocar en el seno  
mi pasión, y cuanto encierra  
por ti de amoroso y tierno.  
Pero el rigor inhumano  
yo he burlado de su imperio,  
y cual sombra de noche  
a verte, Lisardo, vengo:  
mi alma a la tuya está unida  
a pesar del hado adverso  
con los inefables lazos  
del amor y el Himeneo.»  
Calló Elvira: misterioso  
reinó el silencio de nuevo,  
y suspiros amorosos  
interrumpidos se oyeron.  
«Frío está, mi dulce amiga,  
como la nieve tu cuerpo;  
tendré el poder de animarlo  
con mis inflamados besos,  
aunque despojo insensible  
fuera del sepulcro yerto.  
Corred torrentes  
de amor ardientes,  
¿cómo me inflama  
todo la llama  
de amor, no sientes?»  
El voluptuoso delirio  
de amor lo transporta luego,  
y las caricias y halagos  
pábulo dan al incendio  
«¡Oh, qué delicia! ¡Oh, qué encanto!  
¡Oh, qué deleite supremo,  
del objeto idolatrado

sentir palpar el pecho;  
beber amor de sus labios,  
bañarse en halagos tiernos!  
Corred torrentes  
de amor ardientes,  
¿cómo me inflama  
todo la llama  
de amor, no sientes?  
Mas ¡oh terror! yo deliro...  
Trémula, Elvira, te siento,  
insensible a mis halagos  
cuando yo todo me enciendo.  
El casto rubor sin duda  
vierte en tu sangre su hielo.  
déjame ser venturoso...».  
«Joven insano ¿qué has hecho?  
ya para ti se acabaron  
amor, esperanza y sueños  
de felicidad y dicha;  
has abrazado a un espectro».  
Resonó fúnebre entonces  
la hora fatal de los muertos,  
y de repente en la puerta  
del silencioso aposento  
clamó una voz imperiosa:  
«Elvira, Elvira, ya es tiempo».  
Despertó Lisardo al punto,  
y la visión de su sueño  
como fantástica sombra  
se disipara al momento.

## XII

El luminar del día  
reclinaba su frente  
sereno y majestuoso en occidente,  
y fugaz el crepúsculo esparcía  
melancólico velo sobre el mundo.  
Multitud silenciosa y pensativa  
en rededor de un féretro marchaba,  
donde mortal despojo se veía  
cubierto con el cándido ropaje  
de la inocencia, y en su sien ceñida  
de azucenas y violas amorosas  
corona virginal, aún no marchita,  
mas de repente en medio del concurso,  
un joven se arrojó; tendió su vista  
sobre el fúnebre ataúd, y repitiendo  
con grito de dolor «Elvira, Elvira»  
exánime cayó en el duro suelo  
con pasmo de la triste comitiva.  
Así se desvanece la esperanza  
que dio un instante a la existencia vida,  
y el encanto de amor y la hermosura  
como flor del desierto solo dura.

## Esteban Echeverría



José Esteban Echeverría Espinosa (Buenos Aires, Virreinato del Río de la Plata; 2 de septiembre de 1805 - Montevideo, Uruguay; 19 de enero de 1851) fue un escritor y poeta argentino, que introdujo el romanticismo en su país. Perteneciente a la denominada Generación del 37, es autor de obras como Dogma socialista, La cautiva y El matadero, entre otras.

Un joven Echeverría recién vuelto de sus estudios en Francia publicó en un diario local en forma anónima en 1832 lo que sería considerado el primer relato romántico argentino, Elvira o la novia de Plata, mientras que

El matadero se considera el primer relato realista argentino. El matadero, de estilo diferente de sus otras obras, fue publicado muchos años después de su muerte y atribuido a su persona, pero fue más relevante por sus obras de contenido político que desde el contenido literario; fue el líder natural del movimiento en el seno del cual se formaría la Asociación de Mayo, que le daría nombre a la generación del 37. Fue el redactor del Dogma socialista y la ojeada retrospectiva que lo acompaña en 1846, considerado un escrito germinal inspirador de la Constitución de 1853.